

BIPIA ALFONZINA

... las cortinas de seda del techo... se disponía a retirarse de sus labores... y se disponía a retirarse de sus labores... y se disponía a retirarse de sus labores...

... cuando sus servidores llegaron... desahogados, a notificarle... la muerte del príncipe de Alcubiel... que a la mañana siguiente devorado por los lobos entre las mallas del...

... en que después de acordado este suceso... un caudal de... que pasó la noche de truenos sin poder salir del... de las Animas... y que al otro día... antes de morir... que vio... refugio cosas horribles... que los espíritus de los antiguos... que los espíritus de los antiguos... que los espíritus de los antiguos...

... daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso... que se movía en sus ojos y en sus labios... que se movía en sus ojos y en sus labios... que se movía en sus ojos y en sus labios...

POE, EDGAR ALLAN.

Edgar Allan Poe (1809-1849) nació en Baltimore (Estados Unidos), en el seno de una familia de comediantes; en constante lucha con la miseria, fue recogido por un rico agricultor a la muerte de su padre. El carácter de Poe no se avino ni con los estudios universitarios ni con la burocracia, ni con la milicia, siendo expulsado de West-Point. Quiso probar fortuna con la pluma y empezó publicando un pequeño libro de poemas. A partir de 1836 llevó una vida de trabajo y privaciones que le impulsaron a la bebida. Víctima de ataques de delirium tremens, cuando comenzaba a regenerarse fue encontrado tendido a las puertas de una taberna de Baltimore donde murió a los pocos días. Su obra, de escasos títulos aunque voluminosa se concentra en las: Historias extraordinarias, Aventuras de Arthur Gordon Pym, Poemas, y algunos ensayos de crítica.

EDGAR ALLAN POE

CAPILLA ALFONSO  
RIVERO

POE, EDGAR ALLAN

Edgar Allan Poe (1809-1849) nació en Baltimore (Estados Unidos), en el seno de una familia de constantes; en constante lucha con la miseria, fue reconocido por un rico agricultor a la muerte de su padre. El carácter de Poe no se avino ni con los estudios universitarios ni con la burocracia, ni con la milicia, siendo expulsado de West-Point. Quiso probar fortuna con la pluma y empezó publicando un pequeño libro de poemas. A partir de 1836 llevó una vida de trabajo y privaciones que le impulsaron a la bebida. Víctima de ataques de delirium tremens, cuando comenzó a reventarse fue encontrado tendido a las puertas de una taberna de Baltimore donde murió a los pocos días. Su obra, de escasos títulos - algunos voluminosos se concentra en las: Historias extraordinarias, Aventuras de Arthur Gordon Pym, Poemas, y algunos ensayos de crítica.

"METZINGERSTEIN"

EDGAR ALLAN POE.

MAPILLA ALFONSINA

*Pestis eram vivus, moriens tua mors ero.*

Martín Lutero.

En todas las épocas han reinado el horror y la fatalidad. ¿Para qué poner fecha a esta historia? Bastará decir que en aquellos tiempos había en Hungría una creencia oculta, aunque arraigada, en las doctrinas de la metempsícosis. No me referiré aquí a su falsedad o probabilidad; afirmaré, solamente, que gran parte de nuestra incredulidad (según dice La Bruyère, que achaca nuestra desgracia a esa causa) *vient de ne pouvoir être seuls.*

Pero en las creencias húngaras había algunos puntos francamente absurdos, ya que diferían fundamentalmente de las autoridades orientales en tal materia. Por ejemplo (según las palabras de un parisiense inteligente y muy sagaz) el alma *ne demeure qu'une seule fois dans un corps sensible: au reste, un cheval, un chien, un homme même, n'est que la ressemblance peu tangible de ces animaux.*

Durante varios siglos las familias de Berlifitzing y de Metzengerstein se profesaron la más profunda enemistad. Nunca hubo dos casas tan ilustres que se odiaran tan a fondo. Quizá este odio profundo nació de una antigua profecía: "Un gran nombre caerá con terrible caída cuando, igual que el caballero en su caballo, la mortalidad de Metzengerstein triunfe de la inmortalidad de Berlifitzing."

Esas palabras oscuras tenían en verdad poco sentido, pero causas más nimias han dado lugar a consecuencias igualmente memorables, sin que para ello tengamos que remontarnos en la historia. Además ambos estados eran vecinos y siempre rivaliza--

ron en influir en los asuntos de un gobierno agitado. Añadiré que rara vez hay amistad entre vecinos muy próximos y hay que tener en cuenta que los moradores del castillo de Berlifitzing podrían contemplar desde lo alto de sus sólidos torreones, las ventanas del palacio de Metzengerstein. En fin, la ostentación de una magnificencia más que feudal no era lo más apropiado para calmar la irritabilidad de los Berlifitzing, cuyo nombre era menos antiguo y que, además, no eran tan ricos. Así pues, ¿cabe extrañarse de que las necias palabras de aquella vieja profecía crearan y mantuvieran la discordia entre dos casas ilustres, predispuestas como estaban por su envidia hereditaria? Aquellas oscuras palabras proféticas parecían implicar (si es que algo implicaban) que finalmente triunfaría la casa más rica y ello, como es natural, mantenía vivo el odio de la más débil y acrecentaba su animosidad.

Wilhelm, conde de Berlifitzing, hombre de elevada estirpe, no era por entonces más que un anciano achacoso que sólo se distinguía por el odio inveterado y sin límite que profesaba a la familia rival y por su loca afición a los caballos y a la caza, pasión ésta última de la que no podían apartarle ni su edad, ni sus achaques, ni su chochez, por lo que diariamente se exponía a los riesgos propios de la monotonía.

Federico, barón de Metzengerstein, todavía no alcanzaba la mayoría de edad. Su padre, el ministro G., murió muy joven y su madre, lady María, falleció poco después. Por entonces el joven contaba dieciocho años, que en la ciudad no pesan mucho pero que si se amasan en soledad, y más en la augusta soledad de aquel viejo señorío, hacen que el péndulo vibre con honda significación.

El joven barón entró en posesión de sus vastos dominios a la muerte de su padre; rara vez se vio en Hungría un noble dueño de tan extenso patrimonio. Poseía innumerables castillos, pero el de Metzengerstein era tenido por el más suntuoso. Jamás llegó a determinarse la línea divisoria de sus posesiones, pero el parque principal abarcaba más de cincuenta millas a la redonda.

Por ser tan joven, de carácter bien conocido y dueño de tal riqueza se adivinaba cuál sería su conducta y, en efecto, en menos de tres días su proceder dejó atrás la fama de

Herodes y superó todos los vaticinios.

Sus atemorizados vasallos comprendieron muy pronto, ante sus orgías y libertinajes vergonzosos, que ni la más abyecta sumisión por su parte ni los escrúpulos de conciencia de su señor podrían salvarlos de las crueles garras de aquel nuevo Calígula.

A eso de la medianoche del cuarto día se observó un incendio en las cuadras del vecino castillo de Berlifitzing y nadie dudó en achacar ese nuevo crimen a la ya larga lista de atrocidades cometidas por el noble.

Sin embargo, mientras bullía el desorden ocasionado por aquel suceso, el joven se hallaba enfrascado en sus meditaciones en una gran sala solitaria del piso más alto del castillo ancestral. De sus muros colgaban ricos y ajados tapices en donde aparecían las majestuosas figuras de mil antepasados ilustres. Vefanse altos prelados vistiendo ropajes guarnecidos de armiño; grandes dignatarios de la Iglesia al lado del autócrata soberano, oponiendo su veto a los caprichos del rey o conteniendo con el fiat de la supremacía papal el cetro rebelde del Príncipe de las Tinieblas. En otro tapiz se vefan las figuras sombrías de los grandes príncipes de Metzengerstein, jineteando sus briosos corceles de guerra entre cuyas patas yacían los enemigos caídos y, más allá, voluptuosas y blancas como cisnes, las damas de antaño flotaban a los lejos tejendo una danza fantástica al son de melodías imaginarias.

Mas cuando el joven barón escuchaba, o aparentaba escuchar, el creciente alboroto en las cuadras de Berlifitzing, meditando quizá en algún nuevo acto de crueldad o de temeridad, sus ojos se fijaron, sin querer, en la figura de un corcel de gran tamaño y extraño color que aparecía en el tapiz como perteneciente a un sarraceno, antepasado de la familia de su rival. El noble bruto se vefía en primer término y algo más lejos, su jinete caído moría a manos de un Metzengerstein.

Los labios de Federico dibujaron una sonrisa diabólica, como si se percatara entonces de la dirección que tomó su mirada, pero no la apartó del caballo. Y poco a poco, mientras lo contemplaba, una opresión, una ansiedad extraña le envolvió como un sudario, entumeciendo sus sentidos. Apenas podía conciliar sus extrañas sensaciones incoherentes, como las de

los sueños, con la certeza de estar despierto. Cuanto más contemplaba el caballo más denso era el hechizo y más imposible le parecía apartar la vista del fascinante tapiz. Pero afuera, el tumulto arreciaba y el barón, haciendo un esfuerzo, se fijó en una luz rojiza que el incendio de las cuadras proyectaba a través de las ventanas de la estancia.

Mas aquel desvío duró solamente unos instantes y, en seguida, las miradas del joven volvieron a posarse maquinalmente en el tapiz. Entonces observó, con asombro teñido de terror, que la cabeza del gigantesco caballo había cambiado de posición durante aquel breve intervalo. El cuello del animal, antes inclinado compasivamente hacia su caído dueño, se tendía ahora hacia el barón; los ojos, que hasta entonces no podían verse, tenían ahora una expresión decidida y humana y despedían un fulgor rojizo inusitado. Los belfos separados de corcel, evidentemente furioso, dejaban ver sus dientes enormes y repulsivos.

Presas del terror, el joven barón se dirigió a la puerta con paso vacilante, mas al abrirla un vivísimo resplandor sangriento iluminó la estancia y el tapiz, envolviéndolo en un fulgor rojizo y como el heredero titubeara en el umbral, creyó desfallecer al observar que ese fulgor se ceñía exactamente a la figura del vencedor implacable que segaba la vida del sarraceno.

El barón de Metzengerstein salió apresuradamente al aire libre para aliviar sus temores, mas en la puerta principal de su palacio vio a tres caballeros que con muchos trabajos y exponiendo la vida contenían los saltos de un corcel gigantesco de color de fuego.

—¿De quién es este caballo? ¿Dónde le habéis hallado? —preguntó el joven con mucho enojo, pues al punto reconoció en aquel animal al misterioso corcel del tapiz.

—Os pertenece, señor —contestó uno de los caballeros— pues nadie lo ha reclamado. Le hemos cogido cuando escapaba, humeante y lleno de espuma, de las cuadras incendiadas de Berlifitzing. Pensamos que pertenecía al viejo conde, pero sus criados no le reconocen, lo que es extraño pues muestra a las claras que ha escapado del fuejo por milagro.

—Además —añadió otro de los mozos— las iniciales W.B. están marcadas en su frente con mucha claridad; eso es lo que nos hizo pensar que pertenecía al conde Wilhelm von Berlifitzing pero en su castillo todos aseguran que no conocen al animal.

—¡Es muy extraño! —murmuró el barón con aire pensativo sin fijarse, al parecer, en lo que estaba diciendo.— Es, en verdad, un animal notable y prodigioso aunque, decís bien al afirmar que es nervioso e indomable. ¡Está bien! Consiento en quedármelo —añadió después de una pausa.— Quizá un jinete como Federico de Metzengerstein podrá domar al propio demonio de las cuadras de Berlifitzing.

—Estáis en un error, señor, pues ese caballo no pertenece a las cuadras del conde. De no haber sido así, no hubiéramos osado traerlo a vuestra presencia.

—Es verdad —repuso el barón con voz áspera.

En aquel momento llegó un servidor del palacio, sofocado por la carrera emprendida, y en voz muy baja informó a su señor que había desaparecido un trozo de un tapiz, en una de las habitaciones. Luego se extendió en toda clase de detalles, pero como hablaba muy quedo al oído del barón, los caballeros no lograron satisfacer su excitada curiosidad.

Durante aquella conversación el joven noble parecía presa de las emociones más contradictorias. Sin embargo, no tardó en recobrar su talante habitual y en su rostro apareció una expresión maligna al ordenar que la estancia en cuestión fuera condenada y que le entregaran las llaves en mano.

—¿Os habéis enterado del lamentable deceso de Berlifitzing, el viejo cazador? —preguntó al barón uno de sus vasallos cuando el servidor se marchó y mientras el gigantesco caballo se alejaba, caracoleando con inusitado furor, camino de las cuadras de Metzengerstein.

—No —contestó el noble volviéndose bruscamente hacia el que hablaba.— ¿Ha muerto, dices?

—Así es, señor y supongo que no lamentará mucho esta noticia.

Una sonrisa se dibujó en los labios del joven barón.

—¿Y cómo murió?

—Pareció miserablemente entre las llamas cuando se esforzaba en salvar lo mejor de sus caballos.

—¿Ver...da...de...ramente murió así? —preguntó el noble muy despacio, como si en su mente se abriera paso una idea sobrecogedora.

—Así fue —contestó el vasallo.

—¡Eso es horrible! —dijo el barón calmadamente y volvió a entrar en su palacio.

Desde ese día la conducta del joven libertino que ostentaba el título de barón de Metzengerstein sufrió un cambio radical y bien puede decirse que defraudó las esperanzas y aun las intrigas de más de una madre.

Cada vez se apartó más de la aristocracia de los alrededores. Jamás se le veía fuera de sus dominios y no se le conocía compañero a no ser que se tuviera por tal al enorme caballo de color de fuego, al corcel misterioso que montó a raíz del incendio.

No obstante, al castillo llegaban periódicamente invitaciones de sus vecinos a fiestas, bailes, cacerías y reuniones pero la respuesta era invariable: "Metzengerstein no acudirá."

La orgullosa nobleza de la comarca no podía tolerar tan frecuentes desaires; las invitaciones escasearon hasta que, al fin, cesaron por completo.

Hubo quien oyó decir a la viuda del infortunado conde de Berlitzing que su más ardiente deseo era "que el barón se viera obligado a permanecer en su casa cuando no tuviera ganas de estar en ella, puesto que despreciaba la compañía de sus iguales y que se viera a caballo cuando no deseara montar puesto que prefería la compañía de un cuadrúpedo a la de sus semejantes". Sin duda esto no era más que una manifestación de aquel viejo odio hereditario y demostraba que muchas veces nuestras palabras carecen de sentido cuando deseamos que parezcan definitivas.

Pero las personas de buen corazón atribuyeron el cambio de conducta del joven al pesar natural en quien, como él, permitió a sus padres tan pronto; olvidaban, así, el odioso proceder que mostró precisamente en los días que siguieron a tan sensible pérdida. No faltó quien creyera que el barón estaba imbuido de una idea exagerada de su importancia y dignidad mientras que otros (entre los que se contaba seguramente el médico de la familia) hablaban de una melancolía morbosa, de una enfermedad hereditaria. Entre el vulgo corrían versiones más siniestras y equívocas.

En verdad, el cariño anormal que el barón mostraba por el caballo recién adquirido, inclinación que parecía exacerbarse ante las muestras de ferocidad diabólica del animal, empezó a ser visto por todas las personas razonables como una pasión detestable y contraria a la naturaleza. En pleno día, en las horas calladas de la noche, enfermo o sano, con calma o con tormenta, el barón parecía clavado a la silla del colosal caballo cuya indomable fiereza armonizaba tan bien con su propio carácter.

Y, además, había toda una serie de circunstancias relacionadas con los recientes sucesos que prestaban un carácter portentoso y sobrenatural a la manía del jinete y a las facultades de su montura. El espacio que aquel caballo de color de fuego lograba salvar de un salto era muy superior a los cálculos más fantásticos. El barón no dio ningún nombre a aquel corcel, pese a que todos los demás caballos de sus cuadras tenían el suyo propio. Aquel extraño animal tenía su cuadra particular, bien aparte de las otras y solamente su amo le atendía pues nadie se hubiera atrevido a tocarle ni a entrar en el recinto que le estaba destinado. Se reparó, entonces, en que los tres mozos que le capturaron la noche del incendio, con ayuda de un lazo y una cadena, no podían afirmar con certeza que hubieran puesto las manos sobre él. Esas pruebas de la inteligencia extraordinaria de aquel brioso corcel no hubieran bastado a despertar la curiosidad de la gente pero había algunas circunstancias capaces de desarmar a los espíritus más escépticos: corría la voz de que, a veces, cuando el colosal cuadrúpedo hacía retroceder a la gente, espantada ante su fiereza, el joven Metzengerstein palidecía bajo la mirada penetrante y casi humana del animal.

Pero en el séquito del barón nadie dudaba del afecto morboso que el señor sentía ante las fogosas cualidades de su corcel, salvo un pajecillo insignificante y deforme cuyas opiniones nadie consideraba. Este miserable afirmaba con el mayor descaro que su señor jamás saltaba sobre la silla sin experimentar un leve estremecimiento, un sobresalto inexplicable y que al regresar de sus largos paseos había en su rostro una maligna expresión de triunfo.

Una noche de tormenta Metzengerstein despertó de su profundo sueño, bajó de sus habitaciones como un poseso y montado a caballo se lanzó por el intrincado bosque.

Este hecho tan frecuente no llamó la atención. En cambio, todos los moradores del palacio aguardaron ansiosamente el regreso de su señor pues, pocas horas después de su partida un incendio devorador hizo presa en el edificio y sus muros crujieron y temblaron hasta los cimientos. Pero como el incendio sólo se descubrió cuando ya el fuego había hecho tantos progresos, que eran inútiles los esfuerzos por salvar cualquier parte del edificio, el vecindario contemplaba la escena con estupefacción ociosa.

Mas algo terrible llamó muy pronto la atención de la multitud, demostrando hasta qué punto es más intenso el interés que despierta una agonía humana que el más aterrador espectáculo de destrucción de la materia inerte.

En la larga avenida de robles vetustos que, partiendo del bosque, iba a dar en la entrada principal del palacio de Metzengerstein un corcel, cuyo jinete iba destocado y con las ropas en desorden, galopaba con un ímpetu mayor si cabe que el del propio Demonio de la Tempestad.

Saltaba a la vista que el caballero no dominaba la montura y que le era imposible frenar aquella loca carrera; la expresión angustiada de su rostro, los convulsivos esfuerzos por dominar al bruto daban fe de aquella lucha sobrehumana. De sus labios sólo escapó un grito ronco, un grito ahogado de terror. El ruido de los cascos del caballo resonó, agudo y penetrante, por encima del estruendo del incendio y del aullido del viento. Luego, franqueando de un salto la gran puerta y el foso del castillo, el corcel se lanzó por las escaleras calcinadas del palacio y desapareció con su jinete en una tromba

PEREZ GALDOS, BENITO.

Benito Pérez Galdós (1843-1920), nació en las Palmas, estudió Derecho y colaboró en diversos periódicos de la época; comenzó su carrera literaria en el teatro, para desembocar en la novela de la que es el mejor representante español de su siglo. Diputado republicano en distintas legislaturas, dirigió la "Revista de España". Sus obras más conocidas son: la serie de los Episodios nacionales, Doña Perfecta, Gloria, Marianela, La desheredada, Las novelas de Torquemada, Nazarín, Halma, Misericordia, El abuelo, Angel Guerra... y en el teatro, las adaptaciones escénicas de varias narraciones y Electra, Santa Juana de Castilla, etc.